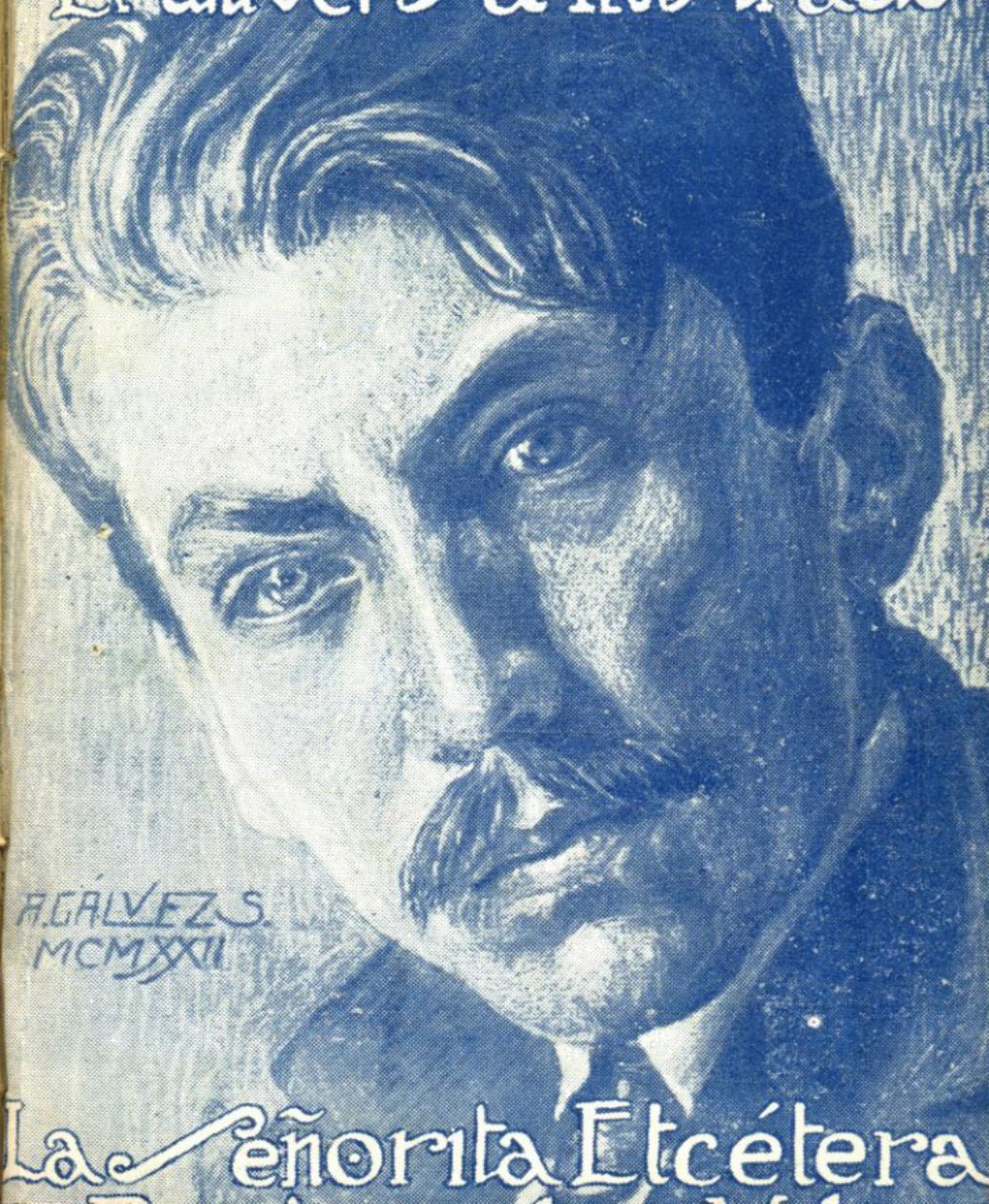


La Novela Semanal de
"El Universal Ilustrado"



R. GÁLVEZ S.
MCMXXII

La Señorita Etcétera

¿Es Pura el Agua
Que Usted Bebe?



Т Е Р Е У А С

El Agua Mineral Natural

Distribuidores:

"LAS BODEGAS
UNIVERSALES"

16 de Septiembre, 15. Ambos Teléfonos, 2-86.

LA NOVELA SEMANAL DE

El Universal Ilustrado

Se publica cada jueves como Suplemento de este Semanario

Año I

14 de diciembre de 1922

Núm. 7

LA SEÑORITA ETCÉTERA

NOVELA INEDITA

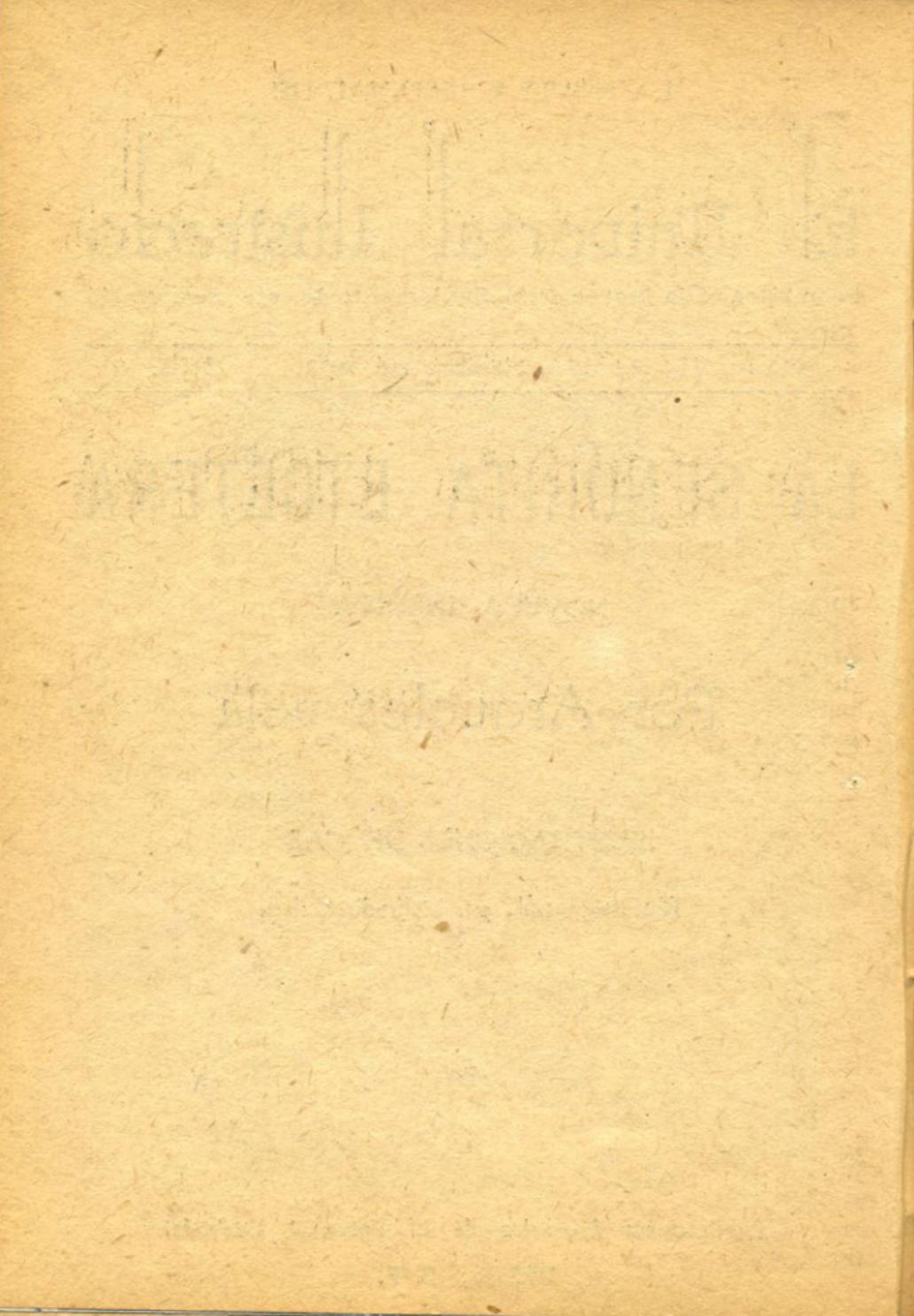
Por Arqueles vela

ILUSTRACIONES DE CAS

Retrato-portada por Alfredo Galvez



Publicaciones Literarias de El Universal Ilustrado
MEXICO, D. F.



PROLOGO DEL DIRECTOR

UN remordimiento literario que nunca nos perdonaríamos en esta Novela Semanal de **EL UNIVERSAL ILUSTRADO**, sería el de imponer nuestros gustos y pasiones, cerrando la puerta a todos los que no pensarán o sintieran como nosotros. Así, la obra de divulgación emprendida, lejos de ser loable, caería en los círculos concéntricos del partidarismo literario, el más enconado y triste de los partidarismos que flamean en México.

De allí que Manuel Maples Arce, el poeta estridentista, nos merezca un lugar exactamente igual al que corresponde a cualquier otro poeta de distintas tendencias. De allí, también, que en este Suplemento, Arqueles Vela publique su primera novela estridentista, "La Señorita Etcétera".

Cada uno pensará a su antojo respecto de esta extraña novela. Muchos dirán que es un disparate; otros, seguramente, encontrarán emociones nuevas, sugeridas por el raro estilo, y otros, en fin, creerán que se trata de un prosista magnífico, despojado de todos los lugares comunes literarios, forjador de emociones cerebrales y de metáforas suntuosas.

Nosotros nos lavamos las manos... Cada quien opine según su personal criterio y concédase, al menos, a este ecléctico suplemento de **EL UNIVERSAL ILUSTRADO** el raro mérito de hallarse abierto para todas las tendencias, contemplando serenamente todos los horizontes...

**A mis compañeros de cuartillas
en EL UNIVERSAL ILUSTRADO.**

A. v.

I

LEGABAMOS a un pueblo vulgar y desconocido. Todos los pasajeros habíamos urdido esa fugaz amistad de calceta provisional que se urde durante el ocio de un camino vertiginoso de hierro. Por un accidente inesperado, tuvimos que dejar un momento los vagones y asaltar la primera estación del itinerario. La ciudad estaba a oscuras. Los huelguistas habían soltado un tumulto de sombras y de angustias sobre la turbia ciudad sindicalista.

Caminábamos un poco medrosos y el frío nos hacía más amigos, más íntimos, más sensibles...

Yo compré mi pasaje hasta la capital, pero por un caso de explicable inconsciencia, resolví bajar en la estación que ella abordó. Al fin y al cabo, a mí me era igual... Cualquiera ciudad me hubiese acogido con la misma indiferencia. En todas partes hubiera tenido que ser el mismo...

Sin duda, el destino, acostumbrado corregidor de pruebas, se propuso que yo me quedase aquí, precisamente aquí. Con ella...

La calle fué pasando bajo nuestros pies, como en una proyección cinematográfica. Era la hora en que todo parece estar convaleciente. Las cosas se iban quitando silenciosamente su antifaz cloroformizado... Los mástiles de los bareos empujaban su ansiedad,

quiere descolgar los frutos encendidos más allá de los cielos. De cuando en cuando la concavidad gigantesca del árbol, movía inusualmente sus rama-
jes de bote en bote y desprendía el inevitable fruto
picado por los pájaros ultracelestes... La inquietu-
dola lo levantaba subsilente, como en un juego de
base-ball...

Ella me contempla en silencio. Yo no podía esla-
bonar ningún pensamiento con mis ideas "empaste-
ladas" por los sacudimientos de mi alta marea...

Sin embargo, sentado allí, junto a ella, en medio
de la soledad marina y de la calle, me sentía como
en mi casa... Disfrutaba de un poco de música, de
un poco de calor, de un poco de ella.

Cuando empezó a estilizarse la decoración ima-
ginista, me di cuenta de que había estado alucinado
de un sueño...

Era una ciudad del Golfo de México. Acaso yo me
encontraba allí por una equivocación en las direc-
ciones de mi bagaje ilusorio...

De todas maneras ya no tenía remedio.

—¿Qué iba a hacer?

Lo de siempre. ¡Nada!

Me acostumbraría a vivir detrás de una puerta
o en el hueco de una ventana. Sólo. Aislado. Incom-
prendido... Tendría que pregonar por unas cuan-
tas miradas o unas cuantas sonrisas, algunas EX-
TRAS de mi vida inédita.

Como no hablo más que mi propio idioma, na-
die podrá comunicarse conmigo... Tendría que vol-
ver a contemplar, confundidos con los programas
idiotas que se embobaliconan en las esquinas intelec-
tuales de las ciudades civilizadas, mis sensaciones
desbordadas con la tinta dolorosa de mi vida.

Para asirme más a la absurda realidad de mi en-
sueño, volvía a verla de vez en cuando. El azar
no bajó de un viaje arbitrario y nos acercó sin presen-
taciones, sin antecedentes; era, pues, inevitable y
hasta indispensable que siguiésemos juntos. Además,
la casi furtiva amistad que enhebramos, me había
hecho creer que estaba enamorado de ella...

El sueño comenzaba a desligarme. Sentí cansan-
cio. Su languidescencia doblada sobre mis brazos con

la intimidad de un abrigo, se había dormido...

Era natural. Seis días de viaje incómodo, la hacían perder su timidez.

No era por nada... El cansancio también la desligaba a ella de todas sus ligaduras.

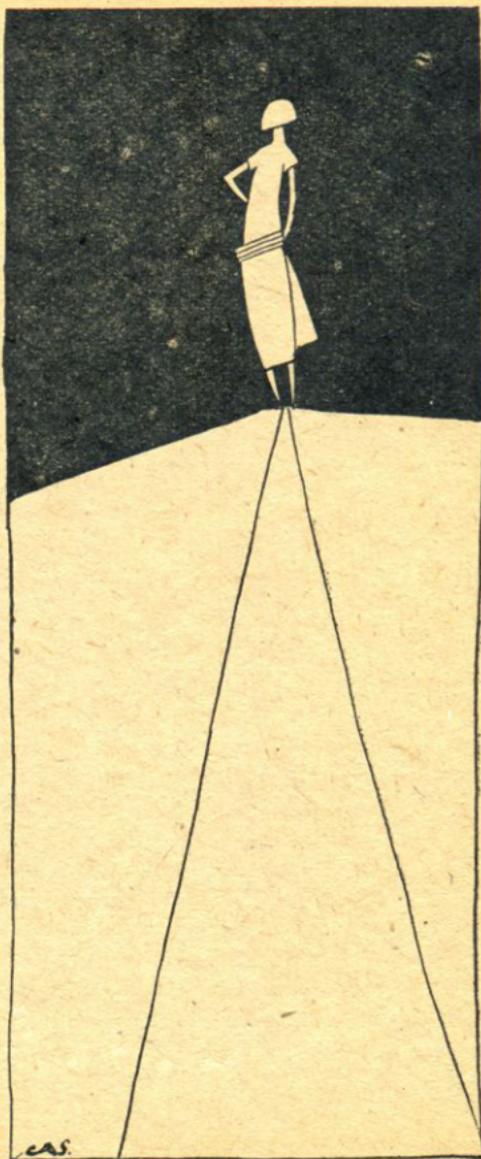
Pensé... Ella podría ser un estorbo para mi vida errátil. Para mis precarios recursos. Lo mejor era dejarla allí, dormida. Huir....

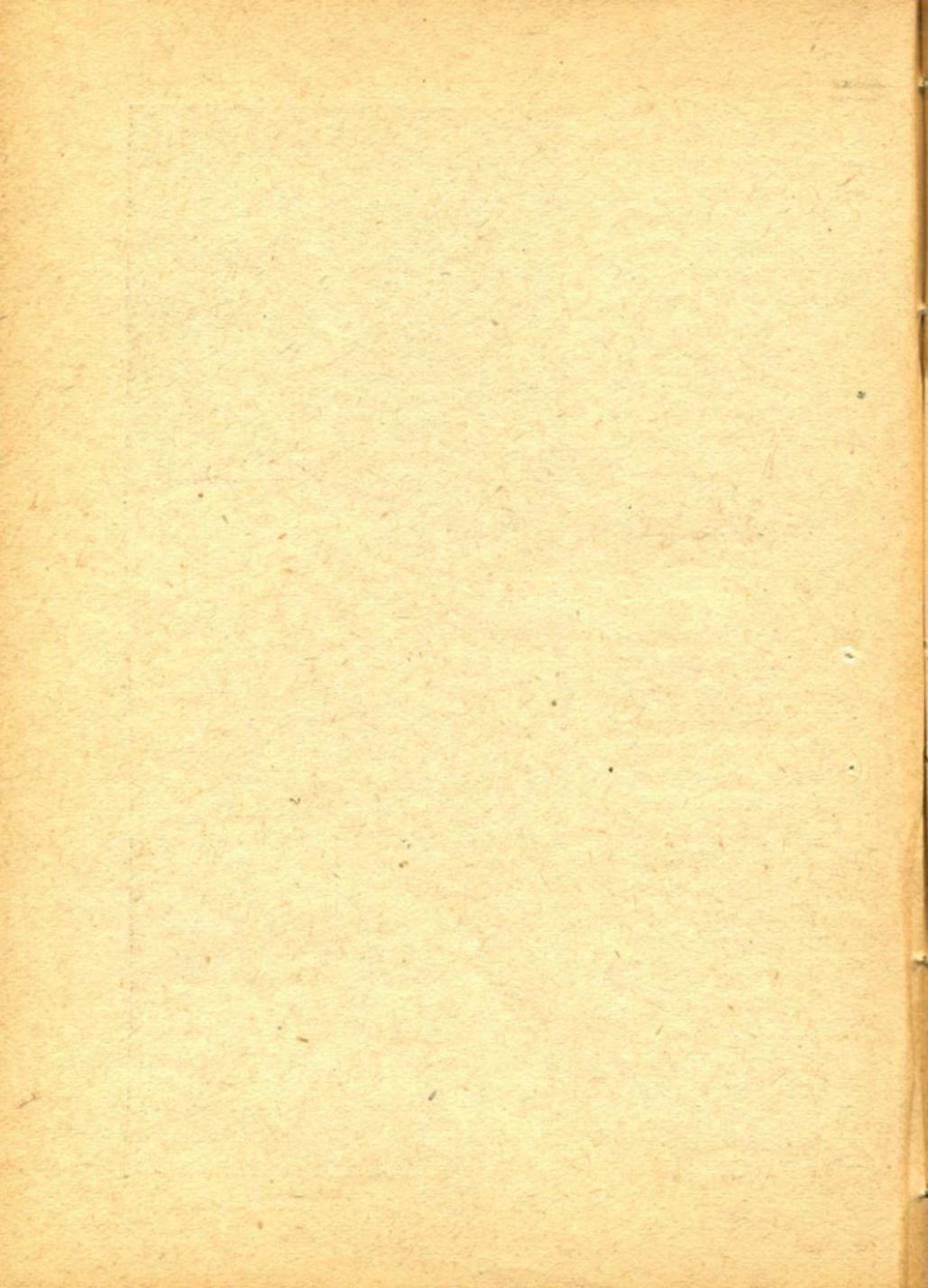
De pronto me acordé del calendario amarillento de mi niñez sin domingos.

Del alba atravesada de mi juventud, de mi soledad.

Acaso ella, era ELLA...

Y me eché a andar yo solo. Hacia el lado opuesto de su mirada...





II

1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 26... ¡Un reloj!... No. No es posible. Imposible...

Mis ojos se fueron quitando, poco a poco, la goma del amodorramiento de las noches palingenésicas, del insomnio producido por el ajeteo mental, que se va extendiendo en un cansancio de corriente apagada, por las fibras de nuestro equilibrio sensitivo.

Una campana seguía clavando en la beatitud de la ciudad, su humilde inconsecuencia.

Un sentimiento impreciso me agarraba del cuello.

Con la temblante seguridad de que a una leve insinuación de sus movimientos, hubiera desandado la idea de alejarme, me paraba a cada momento.

Su recuerdo se enrollaba en mi espíritu. Su voz

nafragaba en el sonambulismo de la hora, como las voces muertas de los teléfonos...

Inútil oponerse. Yo estaba condenado a olvidar todas las cosas. A despegarme de ellas, con una facilidad torturante.

Tal vez había perdido lo único que hace bella la rotación de nuestras elipses...

Ella se quedó, allá muy lejos, descendiendo del paracaída de su ensueño. Yo, arrastrando su recuerdo, me dirigí al café.

El café llegó a ser mi otro yo. Todos los días, todas las noches, después de la cotidiana vagabundez de mi trayectoria, aburrido de encontrar las mismas siluetas escrutadoras en las callejuelas, de contemplar la estúpida fachada de las casas y la sonrisa boba de las ventanas, me refugiaba en el café. Casi me iba acostumbrando a su vida inmóvil. Me divagaba con sus frases estereotipadas en la pared, con sus caras parroquianas, con su aislamiento de las calles estentóreas y vociferadoras. Hay algunos cafés tan apróximados a la vida, que dan la sensación de que uno cena, bebe, ríe, en medio de la calle, con los transeúntes impertinentes, estropeadores... En donde es muy posible que, distraídamente, nos tomen del brazo y nos sigan contando la misma aventura a lo largo de la calle...

Los espejos multiplicaban simultáneamente, con una realidad irrealizable de prestidigitación, las imágenes rimmeladas de mi catálogo descuadernado...

Cuando la ví por primera vez, estaba en un rincón obscuro de la habitación de su timidez, con una actitud de silla olvidada, empolvada, de silla que todavía no ha ocupado nadie...

Sus ojos tenían una impávida inocencia de la vida. Parecíase a esas mesas de los cafés, embrolladas de números, de cuentas, de monigotes, de intimidades de los parroquianos asiduos.

Sin duda estaba allí por necesidad... Viéndola, auscultándola, vivía retrospectivamente.

Sus miradas, sus sonrisas, sus palabras me envolvían en la bruma de los instantes vividos en un vagón sahumado de imposibles.

En mi imaginación ya no existía solamente ella, no era solamente ella; se fundía, se confundía con esta otra ella que me encontraba de nuevo en el rincón de un café.

Desde entonces, ya no pude vivir los días y las noches separadamente.

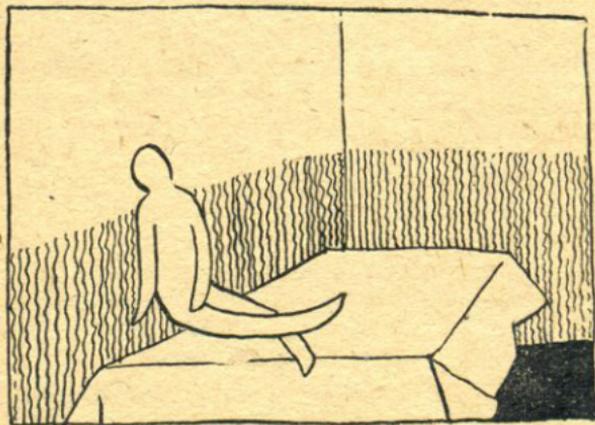
Mi ocio se había quedado, como el de los demás parroquianos, pegado a la pared...

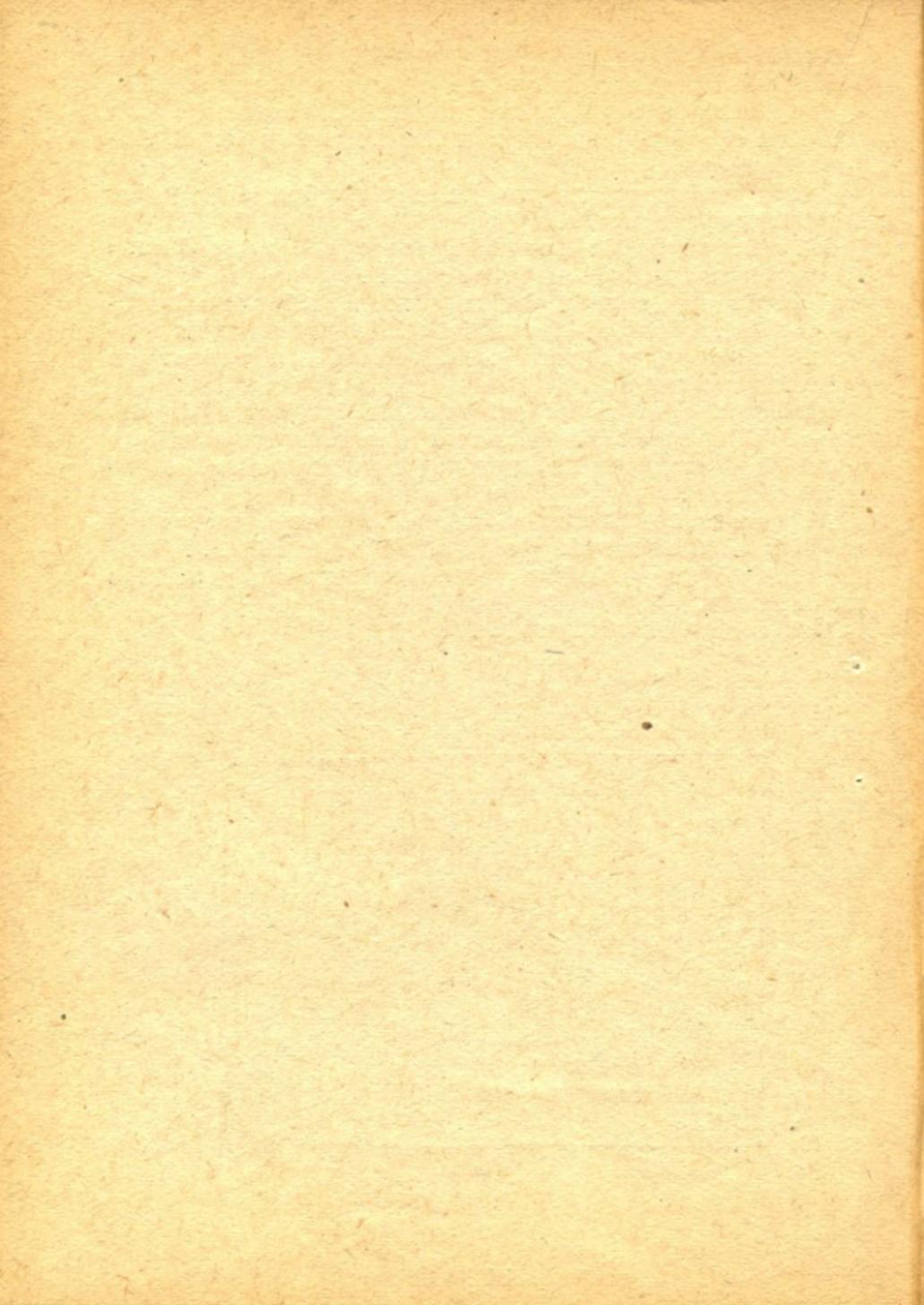
Cuando ella servía, indiferente, a todos los intrusos que ensordecían el ambiente de humo y de gritos, me alejaba un poco entristecido, sin pensar en su embrujamiento.

Una noche entré al café con la intención de decirle muchas cosas, de enhebrar una conversación que nunca habíamos tenido, pero que yo consideraba interrumpida...

Al acercarse, me miró de tal manera, que sentí encenderse el recuerdo de la mirada de ella... Balbuceó no sé qué palabras, como en secreto, y la hice una promesa.

Nos veríamos siempre...





III

El balanceo premeditado por las irregularidades de la vía, sacudiendo las sombras del vagón, desintegraba un sueño de doscientos kilómetros.

Los "porters" nos habían repartido en las celdas del Pulman, con una intransigencia insoportable.

De cuando en cuando, la fuga del paisaje al carbón, emborronado por la acelerada carrera del tren, hilvanaba mi vida interrumpida por las estaciones...

Los pasajeros eran los mismos de siempre...

Al bajar, los claxons de los automóviles olfateando la traza de los viajeros, se acercaban con zalemas zigzagueantes de reconocimiento coreando su LIBRE insistente.

El otoño comenzaba a recoger las primeras hojas volantes que repartía el viento.

Yo me sentía con esa profunda nostalgia que se va acumulando en las estaciones solitarias, recordadas por unas cuantas luces mortecinas, alegradas

o entristecidas por los pitazos de los trenes. Mi espíritu se ensombrecía como esos carros desorillados de rieles mohosos, en los escapes de las vías...

Yo no era más que un carro en donde todo se había ido, un carro olvidado, con sus miradas perdidas paralelamente, a lo largo del camino.

Agobiado, ahumado de tantas saudades, empecé a recorrer las emociones desconocidas que atardecían en la ciudad.

Bajo el azoramiento de las calles desveladas de anuncios luminosos, me dejaba estrujar por sus turistas, sus mujeres elegantes, sus "snobs" de la moda y del sistemático vagar por las aceras desenfrenadas.

El parpadeo de mi semáforo columbró, a lo lejos, su silueta confundida de vela que se desprende y se va a pegar a los mástiles atmosféricos, cuando un viento agita la epidermis del mar...

No tenía la seguridad de que fuese ella, pero su figura descolgada de mis recuerdos se estatizaba en la penumbra de un daguerreotipo.

Caminé tras ella con la paradoja de que era Ella, de que su voz submarina volvería a colorear la esponja de mi corazón que se llenaba continuamente de remembranzas de ellas.

Su andar ligero impulsaba mi astenia. Casi me arrepentía de haberla dejado instintivamente a la orilla del mar o en la habitación oscura de un café.

El contacto inesperado con la multitud hacía balbucientes mis ideas, mientras ella se alejaba con mayor rapidez de mi memoria.

Cuando casi me decidía a confesarla mis presentimientos, se perdió al través del cristal de la vitrina de un almacén.

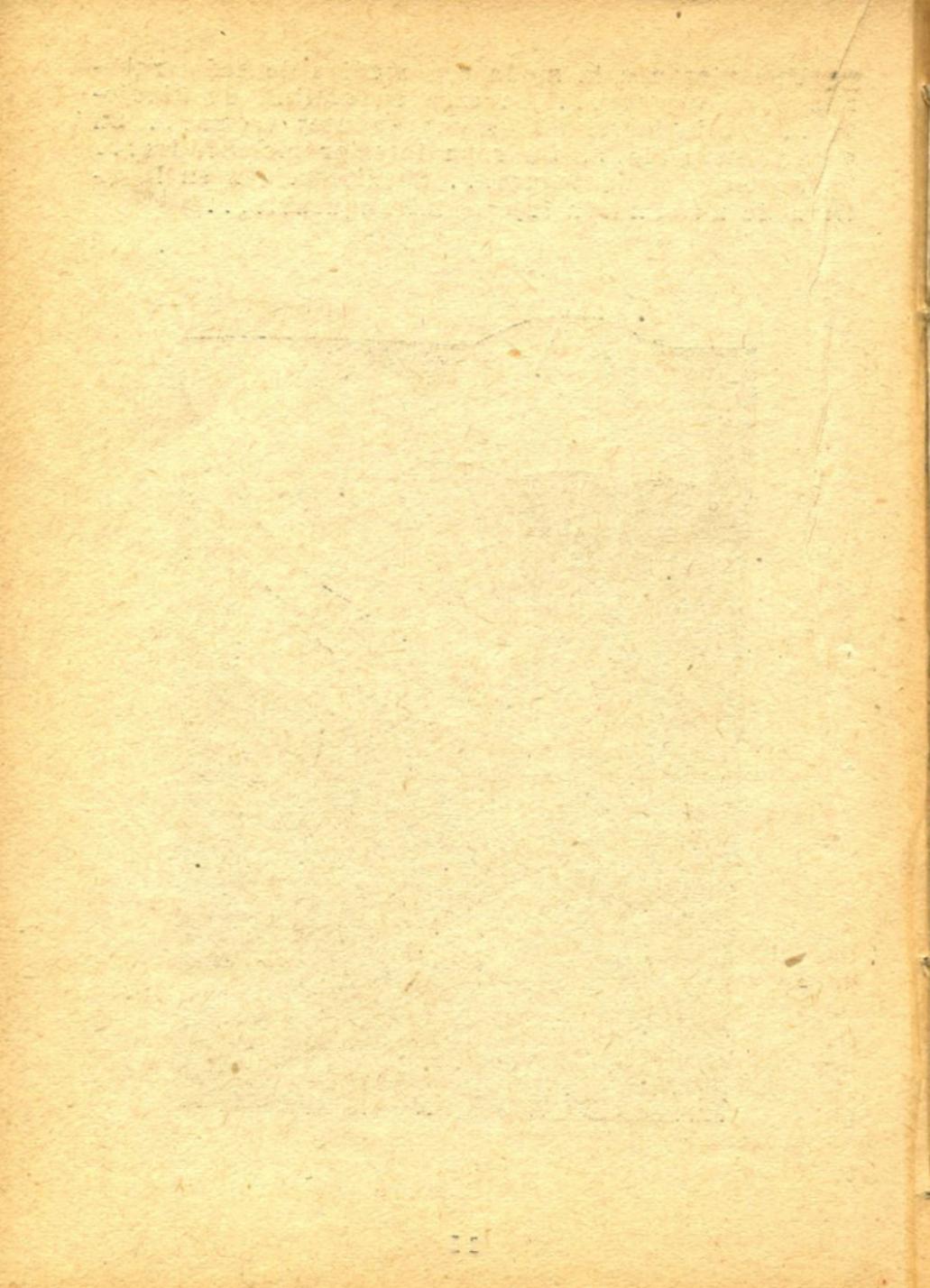
La contemplaba imaginariamente. Quería retener sus contornos, sus miradas, sus sonrisas. Adivinaba sus movimientos para desasirse de mí, para librarse de mí...

Se quedaba para siempre entre perfumes, embalsamada de alucinaciones, de esperanzas. Se quedaba allí, eternizada. Se esfumaba...

No me quedaría de ella sino la sensación de un retrato cubista.

Una pierna a la moda con medias de seda, ruborizada de espejos... La otra en actitud de hinojosa... La insinceridad de sus guantes crema... Su mirar impasible... Su ropa interior melancólica... Su recuerdo con pliegues... Se disasociaba en la vitrina de un almacén lujoso, infranqueable...





IV

Todos los días, a la misma hora, en el mismo lugar, con la irrevocable necesidad de tener que utilizar algunas horas de mi involuntaria pero arraigada vagancia, tomaba el tranvía.

Los tranvías subrayaban todos los días, todas las tardes, de 8 a 12 y media y de 3 a 5 y media, la carta de recomendación de mi amigo...

Mi vida cambió de aspecto. Cambié de traje, de humor, de maneras.

Mi rebeldía casi se iba acostumbrando a esa existencia de calcomanía de las oficinas.

Por la influencia del ambiente tuve que agregar

a los recortes literarios de mi vida, sellos oficiales, ideas mecanográficas, frases traslúcidas de papel carbón, imprecisiones de goma de borrar, pensamientos aguzados uniformemente con "shapeners"...

El motivo de mi llegada a la metrópoli, la causa de haber abandonado tantas cosas, se iba borrando, hundiendo. La realidad de que podría llegar a los ascensores intelectuales, me impulsaron a hacer muchas arbitrariedades imborrables que agitaban mi espíritu.

Había salido de una oficina insignificante para entrar a una oficina importante. No había hecho más que lo mismo...

Mi vida fué tomando un aspecto de piso encerado. Diariamente arrancaba a mi disciplina de calendario la hoja numerada del fastidio del día.

Una vez que robé al horario de la oficina, con la intención de tomar el tranvía a una hora alegre diferente, entre el abigarramiento apretado de mujeres, ella subía empujada por la precisión.

Sentí impulsos de no tomar el mismo tranvía, de dejarla pasar inadvertidamente, de que no me recordara la figura doble que me obsesionaba desde que me leía a mí mismo...

Después tomé premeditadamente el tranvía a la misma hora en que ella lo tomaba.

Sentado, silencioso, contemplándola, me encerraba en su indiferencia.

Me divagaba con la conversación babelesca de los anuncios hipnotizadores, en el interior del carro.

Ella se balanceaba armoniosamente de las agraderas...

En mi interior, yo repasaba las mismas palabras para ofrecerla el lugar que me había deparado la casualidad. Se lo ofrecía con los ojos, con las manos, con el pensamiento. Me levanté decidido a ofrecérselo personalmente, pero ella se iba alejando, poco a poco, hacia la puerta...

Muchas veces la esperé con un vacío interior...

Mis sentimientos se desbordaban por las ventanillas, por el "trolley", que iba dejando desgarramientos luminosos de su fibra sensitiva...

El esmalte de sus cabellos cortos, en espirales
acariciantes, su voluptuosa transparencia al andar,
la comisura de su sonrisa, me exacerbaba.

Bajo su mirada fulgurante de

CRU GRO
PELI CERO

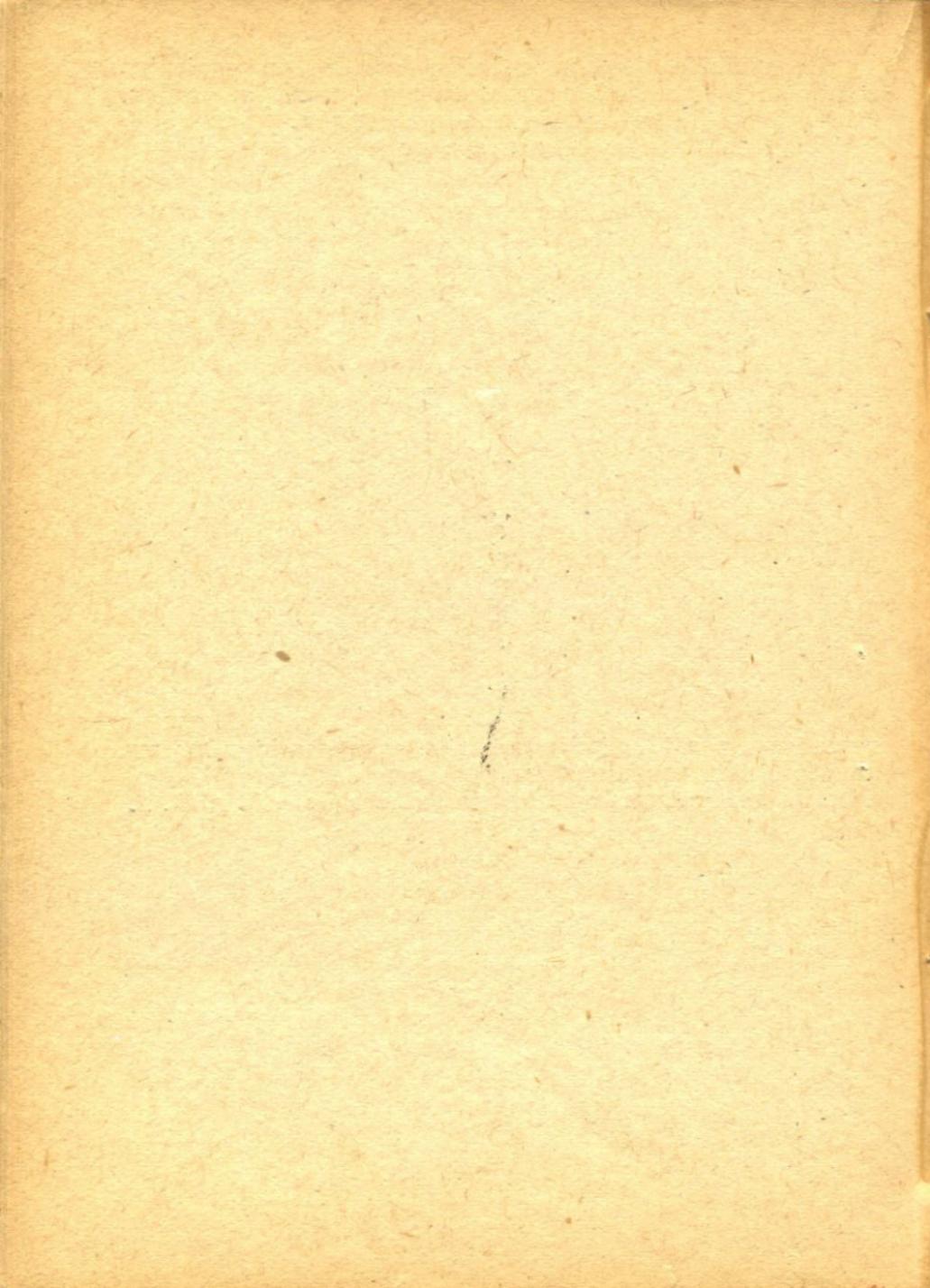
V
I
A

L
I
B
R
E

.
. .
.

sus senos y mi corazón se quedaron temblando, ex-
haustos, con ese temblor incesante del motor desco-
nectado repentinamente de un anhelo de más allá...





V

Ya tenía mucho tiempo de vivir en la ciudad y no conocía nada de la ciudad. Apenas si conocía algo del cuarto que ocupaba en el hotel.

Al principio tuve la intención de pagar, en una casa de huéspedes mediocre, un mes de vida... Las súbitas impresiones me llenaron de penumbra el cerebro y no pude hacerlo. Yo nunca he tenido sentido común... Tomé un cuarto en el hotel más lujoso de la ciudad. Un cuarto que jamás utilicé, porque pasaba los días y las noches en lugares inusitados.

No me sentí vivir en el hotel sino cuando ella penetró, con sus pasos medidos, en el ascensor.

Subíamos lentamente y tan irreales como ese humo que enferma la garganta de las chimeneas...

La vida casi mecánica de las ciudades modernas me iba transformando. Mi voluntad ductilizada giraba en cualquier sentido. Me acostumbraba a no tener las facultades de caminar conscientemente. Encerrado en un coche, paseaba sonambúlico, por las calles.

Yo era un reflector de revés que prolongaba las visiones exteriores luminosamente hacia las concavidades desconocidas de mi sensibilidad. Las ideas se explayaban convergentes hacia todas las cosas. Me volvía mecánico.

Me conducían las observaciones puestas en cada uno de los objetos que usaba.

Cuando el ascensor concluyó de desalojarnos y me encontré frente a ella y la observé detenidamente, me estupefacté de que ella también se había mecanizado. La vida eléctrica de hotel, nos transformaba.

Era, en realidad, ella, pero era una mujer automática. Sus pasos armónicos, cronométricos de figuras de fox-trot, se alejaban de mí, sin la sensación de distancia; su risa se vertía como si en su interior se desenrollara una cuerda dúctil de plata, sus miradas se proyectaban con una fijeza incandescente.

Sus movimientos eran a líneas rectas, sus palabras las resucitaba una delicada aguja de fonógrafo... Sus senos, temblorosos de "amperes"...

Ya en el diván de su cuarto comenzamos a recordar las mismas cosas de siempre...

Nos escuchábamos ambos desde lejos. Nuestros receptores interpretaban silenciosamente, por contacto hertziano, lo que no pudo precisar el repique teo del labio.

Me sentí asido a sus manos, pegado a sus nervios, con una aferración de polos contrarios.

Las insinuaciones de sus ojos eran insostenibles; yo los asordinaba con una pantalla opalescente.

Cuando ella desató su instalación sensitiva y sacudió la mía impasible, nos quedamos como una estancia a oscuras, después de haberse quemado los conmutadores de espasmos eléctricos...

Ella había llegado a ser un APARTMENT cualquiera, como esos de los hoteles, con servicio "cold and hot" y calefacción sentimental para las noches de invierno...



VI

Mi sombra se alargaba en los jardines con una pesadumbre de persiana apagada. Desencantado de una tristeza retrospectiva, su remembranza cosmopolita de suntuosidades de "hall" con música de piano automático, sus miradas, sus sonrisas de antesala, me hacían daño...

Aunque ella había adivinado la obscuridad de mis primeros pasos en la ciudad, aunque ella me sacó con su mirar "eclatante" de ojo de automóvil—de la callejuela apagada de barrio bajo en que transi-taba... Ella no podía ser ella...

Me había tatuado. Había quemado hondamente su silueta en el fondo de mi corazón, extenuado de tantas emociones.

Indudablemente yo era un "papalote" de la vida. Cuando me encontraba más allá de sus manos, casi inmóvil, o vibrando con la misma inquietud de su ocio infantil, me atraía o me alejaba inevitablemente.

Ya era más que un vagabundo de las calles y de la vida, era un vagabundo del pensamiento, no podía "estandarizar" las células de mi cerebro exaltado.

¡Era posible que el destino, hojeándome diariamente, no encontrase lo que encontraba en todos los demás!...

Ella me vió tendido, en un banco de un parque, con las manos metidas en los bolsillos de mi interioridad, de mis recuerdos...

Ahora era otra. Había seguido las tendencias de las mujeres actuales.

Era feminista. En una peluquería elegante; reuníase todos los días con sus "compañeras". Su voz tenía el ruido telefónico del feminismo...

Era sindicalista. Sus movimientos, sus ideas, sus caricias estaban sindicalizadas...

Cuando yo le hablé de mis idealidades peregrinas, se rió sin coquetería.

Azuzaba la necesidad de que las mujeres se revelaran, se rebelaran...

Quería convencerme de que nuestra vida es vulgar, como la de cualquiera, de que no éramos más que unos visionarios, de que era indispensable hacer una revolución espiritual. Sanear las mentalidades de tanto romanticismo morboso...

Yo escuchaba sus palabras con la ecléctica indiferencia que tenía para la charla de las peluquerías...

Los espejos no retrataban sus mohines frívolos... Feministas.

Mientras ella recortaba algo a mi vida ilusoria y me prodigaba sus caricias de "Fleurs d'Amour", yo sufría la tiranía de sus abrazos que me atenaceaban con la simplicidad de las toallas amortajadoras de clientes.

Sus modales, sus palabras me sugerían ese terrible agasajo de los "office-boys" de las peluquerías, que me hacían abandonar los establecimientos, medroso de que intentaran arreglar mi modo de ser... De acepillarme las ideas, de quitarme algo... De ponerme algo...

Sin embargo, cuando salí, yo sentía naufragar en el agua de los espejos sindicalistas sus miradas de "Un Jour Viendra"...



VII

Cada vez que su recuerdo desovillaba mis letargos, tenía que engañarme para no buscar la claridad de su sombra.

Sus absurdidades, tan naturales, desmantelaron la ráfaga de ilusión que navegaba en sus pupilas.

No podía desarraigarme de su influencia. Sin embargo, de cuando en cuando, lograba olvidarla momentáneamente, mientras herían mis saudades las voces de las demás mujeres.

A pesar de que su transfiguración había sido sistemática, yo estaba seguro de que, en el fondo, ella seguía pensando con los pensamientos míos...

Interiormente, la llevaba iluminada con el mismo fervor con que ella me había sacado de mi existencia oscura.

Divagando por las calles desteñidas de lluvia, con la tenacidad de eternizar su inencontrable figura, me refugiaba, intermitentemente, bajo las pestañas de las marquesinas.

Estaba agobiado de mí, de sensaciones sentimentales. Por más que intentaba pensar en la vida dinámica, una casa astrosa, un farol insomne, un papeleiro bajo la lluvia, un mendigo incrustado en un rin-

cón, desalojaban remordimientos incomprensidos, nostalgias compasivas que me deterioraban...

En la puerta de un cine, el timbre saqueaba a los transeuntes. Me detuve un instante para explicarme su realidad.

Sus pasos apenas si rozaban el silencio aglomerado numéricamente en las butacas.

Su silueta se había desteñido. El ambiente descolorido en que vivía le daba ese aspecto.

Toda ella se había quedado en mi memoria, con una opalescente claridad de celuloide...

Transitaba jardines agitados por un viento de ventilador, con florescencias inanimadas humedecidas por una lluvia de surtidor...

Sus miradas estaban hechas de "dissolvesout", su voz tenía siempre el mismo tono modulado con ritmos de silencio articulado...

Todas las noches, como en un sueño, yo desenrollaba mi ilusión cinemática...



VIII

Mis evocaciones estaban agujereadas de sus miradas de puntos suspensivos... Sentado al borde del crepúsculo, las repasaba sin pensar.

Había peregrinado mucho para encontrar la mujer que una tarde me despertó de un sueño. Y hasta ahora se me revelaba.

Presentía sus miradas etc.... sus sonrisas etc.... sus caricias etc.... Estaba formada de todas ellas... Era la Señorita Etc.

Compleja de simplicidad, clara de imprecisa, inviolable de tanta violabilidad...

Las primeras impresiones de LA
SEÑORITA ETC. fueron escritas
el 27 de abril de 1922.

Los Espejos de la Voz

A Carlos Noriega Hope

Quisiera presentar a este personaje en otro ambiente. En otro escenario. Pero es imposible. Para presentarlo en otro ambiente, en otro escenario tendría que inventarlos. Y entonces, esta historia no sería del todo real...

Esa noche que lo conocí, estaba como siempre, rodeado de sus pequeños fantoches. Fué en un entreacto. Después de haber presenciado sus muecas y sus voces ficticias. Era un hombre de aspecto insignificante. Un poco cruel, un poco repugnante. Tenía el color descarado que tienen todos los que se dedican a hacer reír o a hacer llorar a los públicos... Nervioso. Silencioso. Nunca hablaba sino para callar a los demás... Sus palabras estaban hechas de tragedias guturales. Vestía una levita casi negra. Traje de galán joven de teatro de barrio bajo. Traje de noche en derrota...

Sin las exigencias del periodismo moderno, yo no lo hubiera conocido, ni auscultado.

Una noche. Esa noche. El director de la revista, en donde ilustraba mi ocio consuetudinario, nos dijo: —con la rudeza de una ingenua voz infantil—
HAY QUE ENTREVISTAR AL HOMBRE DE LOS FANTOCHES...

Todos preguntamos al mismo tiempo:

—¿Quién es?...

—¿Dónde vive?...

—Yo no sé... Pero hay que entrevistarlo...

Ninguno quiso hacer la entrevista. Yo, como era el más incapaz de hacerla, insinué—con una voz parvulita—, yo... podría... sin embargo... hacer... algo...

Al principio, a causa de mi timidez, me catalogaban como tonto, como imbécil y muchas veces hasta como talentoso...

Yo no le daba importancia a esas apreciaciones, porque en mi interior, catalogaba de otra manera...

Casi todos somos talentosos e imbéciles... Sólo que hay varias clases de imbéciles y de talentosos. Hay imbéciles que tienen mucho talento y hay talentosos demasiado imbéciles... Cuando se desbordan de imbecilidad llegan a genios. El Ventrilocuo que yo entrevistaba era un genio estulto.

Se alejó de la mediocridad en que vivimos, porque no soportaba los amaneramientos, las tonterías, las sonrisas de sus semejantes. No soportaba ni siquiera las lágrimas...

Se embriagaba de un odio ancestral hacia la humanidad. La aborrecía. La pisoteaba... Cuando alguien reía, se encolerizaba. Cuando alguien lloraba, profería los insultos más astrosos, más callejeros.

Aburrido. Hastiado de la trágica comedieta que ensayamos pasajeraamente en este a veces estúpido tablado, se encerró en sí mismo. Hizo su caos...

Después, su fuego, su agua, su luz... Destruyó todo lo inútil que hay en la existencia. Tomó un poco de su divinidad, un poco de su escoria y formó su generación.

Fué una generación original. Atrevida. Premeditada. Preparada para soportar el día y la noche de la vida... Una generación sin nervios. Insensible. Indiferente. No vivía más que de pensamientos, de voces, de movimientos reflejados.

Sus fantoches discutían, hablaban, reían, lloraban como él. Aceptaba sus absurdidades, sus locuras, sus corduras, con la mayor facilidad... Eran casi humanos.

En los escenarios, con sus fantoques, gritaba cómo debía ser el mundo para no ser tan idiota, ni tan triste, ni tan alegre, ni tan humano, ni tan divino...

Era casi un Dios. Del gran todo, había inventado la nada...

Era un creador de un mundo tan ilusorio, como el nuestro. Se miraba en él, como ante un espejo...

Una noche, después de una representación, desencantado de que el público se entusiasmara de la realidad de los fantoques, de que creyera que ellos vivían, reían, pensaban... Quiso destruirlos. Quiso acabar con su generación. Con sus voces, sus movimientos, sus tragedias ficticias...

Fué imposible. El público se opuso, los fantoques se opusieron...

Y tuvo que ahogar su voz, que rasgar su sonrisa, que despegar sus lágrimas. Que destruirse a sí mismo...

.....
Yo quería dejar en unas cuantas cuartillas toda una vida... Quise arrancar al silencio malo de mi entrevistado, el secreto de su existencia ficticia, de su afán de alejarse de la humanidad... Y viví con él una "tourné" de sensaciones. Sólo que cuando llevé a la redacción mi entrevista, ya no era tema de actualidad...

Agosto, 1921.

Inquietos, veloz

